V

Como es de suponer, no tuvo nada de alegre, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para animarla. Sin estar triste, Langlois, sentía cierta pena al separarse de mí.

Miraba á su esposa, y la buena mujer se esforzaba por disimular su pena, secándose los ojos con la mano cuando creía que nadie reparaba en ella.

Respecto á Rosa, guardaba silencio y no me perdía de vista.

Hilario y Robine, como antiguos amigos que hace tiempo no se ven, evocaban memorias y cosas pasadas, y de tiempo en tiempo prorrumpían en grandes carcajadas al recuerdo de alguna aventura olvidada.

Sólo se ponían serios cuando hablaban de la guerra.

Entonces se enfurecían, repitiendo á dúo:

—¡Hatajo de canallas! ¡Cobardes! ¡Cinco con contra uno! ¡Eso es lo que querían; y lo malo es que lo lograron!

Entonces Hilario exclamaba, aporreando la mesa.

—¡Ay! ¡Si volviese, Robine; si volviese aquello!

Y Robine, que se las echaba de entendido, replicaba:

—Volverá, y antes de lo que se cree. Entonces me alistaré de grumete, ó de lo que quieran. ¿No harías tú lo mismo, Hilario?

—¡Mil diablos!—exclamó éste.—¡Ni uno de los que vivimos por aquí dejaríamos de hacerlo!

—Por Grandcamp hay algunos que no irían.

—¡Y aquí!—replicó Langlois.—Todos conocemos al señor Rampán, que predica que no se puede hacer nada contra la fuerza y que estamos perdidos para siempre. Cuando le oigo hablar así, me dan ganas de cogerle por el cuello y retorcerle el gaznate.

Belhumain, que hasta entonces no había despegado los labios, no pudo resistir á la tentación, y aprovechando un momento en que Robine y Langlois encendían las pipas exclamó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Vaza un pajarraco que es el tal señor Rampán! ¡Yo quisiera que á todos los que dicen tales cosas los echaran al fondo del mar con una piedra al cuello! ¿Qué quiere usted que le diga, patrón? Creo quo esa gente vive demasiado.

—¡Y tú hablas lo mismo, chiquillo!—dijo Robine, celoso de su autoridad.—¡Cuando los viejos hablan, todo el mundo se calla!

Hilario intervino para decir que el chico tenía razón, y que todos los charlatanes por el estilo del señor Rampán no valían para nada bueno.

—¡Cobardes, Robine; cobardes, que en tiempo de la guerra, mientras nosotros cumplíamos con nuestro deber, repetían á quien quería oirlos que era un trabajo inútil, que estaba ya todo arreglado y previsto, y que no se podía hacer nada!

—¡Que no se podía hacer nada! Pues peores tiempo vimos cuando vinieron los ingleses. Pero esperemos, confiemos en lo porvenir, y mientras tanto—añadió Robine—bebamos á la salud de Francia y de su ejército.

Y diciendo esto se levantó con el brazo extendido y la taza de café en la mano.

—¿Qué te parece el brindis, Langlois?

—Muy bien, Robine; y hasta creo que debíamos haber empezado por ahí. Ahora bebamos á nuestra salud, á la tuya y á la de Santiago.

Mi emoción fué tal, que me abracé á la *tía* Langlois, tan emocionada como yo, diciéndole:

—¡Madre, madre! ¡Y pensar que tengo que marcharme y alejarme de ustedes!

Me apretó contra su pecho todo lo que se lo permitía el pequeño, ocupado en mamar, y queriendo hacerse la fuerte me dijo:

—¡Vamos; valor, Santiago! ¡Ya sabes que los míos también tendrán que irse, como todos, á servir á la patria!

—¡Bueno, bueno!—interrumpió Hilario.—¡Hablemos de otra cosa! ¡Robine, otro vasito de aguardiente!

Robine alargó el vaso, y el señor Hilario lo llenó hasta los bordes. Una vez que hubo hecho lo propio con el suyo, añadió:

—Te confío este chico, Robine, ya que no tienes inconveniente en aceptarlo. No siempre tendrá la cara que tiene hoy; pero es excusable. Al verle marchar, yo mismo estoy apenado, y si no comprendiera la necesidad de que se vaya, me volvería atrás de lo dicho. Pero todo es por bien suyo, y me alegra pensar que navegará con un buen amigo y que sabrá trabajar y ser bueno.

—Eso—replicó Robine—es de rigor. Tiene

que saber obedecer, porque sin disciplina no se hace nada en el mar.

—¡Ah! Éste no es de los que le desatenderán á usted, patrón Robine—exclamó la Langlois —y puedo asegurar que no hay mejor muchacho en el pueblo. Sin embargo, le vería partir con más tranquilidad si viviese vuestra difunta esposa. Los hombres sirven para navegar; pero para cuidar chicos valen poco. Á éste no le hemos mimado, porque bien sabe usted, Robine, que no tenemos medios para eso; pero entre él y los nuestros no ha habido diferencia ninguna, y me daría mucha pena pensar que en otro lado está peor que aquí.

—Tranquilícese usted: al chico no le faltará nada en mi casa, y con tal que cumpla con su deber, se le cuidará como es debido.

Me llamó y me inspeccionó de arriba abajo, palpándome los hombros y los brazos, y con una carcajada dijo:

—¡Este chico parece hijo de usted, *tía* Langlois, por lo fuerte y lo grande! ¡Yo garantizo que se puede sacar mucho partido de él! Vivirá como yo, como Belhumain, que es el que guisa para los dos: sólo que éste, como es más joven, lo hará para los tres, y heredará el cargo del otro.

Y galantemente añadió:

—Si ha aprovechado las lecciones de usted,

me prometo espléndidos festines á bordo de *La Pervenche*.

La conversación siguió en este tono hasta la hora de la partida, al declinar el día.

Había bastante agua en el abra, porque era Luna llena, y en aquellos parajes el mar nunca se retira mucho.

Hilario fué quien dió la señal de marchar cuando juzgó que era la hora de embarco.

—¡En marcha!—dijo bastante secamente.—Aquí nos aburrimos; pero si no quieres esperar la marea del amanecer, Robine, no hay tiempo que perder.

El patrón Robine se levantó y repitió:

—¡En marcha!

En aquel momento perdí la conciencia de mí mismo: todo lo que había en la habitación empezó á bailar ante mis ojos.

¡Ya era irremisible! ¡Me iba para siempre lejos de todos los que quería! Mis reflexiones no duraron mucho, porque papá Hilario repitió:

—¡Andando, que es tarde! ¡En marcha!

Gritaba mucho para engañarse á sí mismo, y no dejaba de repetir que no era ya tiempo de detenerse y que faltaba muy poco para que empezara á bajar la marea.

En aquel momento mi madre adoptiva comenzó á sollozar, lo cual no era lo más indica-

do para darme ánimos, y Rosa me cogió las manos. No se le ocurría más que repetirme:

—¡Santiago, mi pobre Santiago!

Hilario creyó llegado el momento de mostrarse extremadamente brutal.

—¡Vaya—dijo;—basta de contemplaciones! ¡Sois todos unos cobardes que no servís para nada!

Eso no impedía que su voz temblase, y que cuanto más severo parecía aumentara su tristeza.

—¡Un último beso—añadió,—y que no salga nadie de los que no tienen que salir!

Y dirigiéndose á su esposa dijo:

—Quédate con todos, Rosalía: no necesitamos á nadie para embarcar. ¿Estás listo tú, Santiago?

Muy tímidamente respondí:

—Sí, señor.

—¡Pues se acabó, que ya tardamos demasiado!

Era el último minuto: era imposible esperar más. Me abracé á Rosa, y muy bajito le dije:

—¡No me olvides, Rosa; acuérdate de mí!

—¡Sí, Santiago; pensaré en ti siempre!

Durante algunos segundos estuvimos abrazados, mientras en el umbral de la puerta Robine se despedía de la *tía* Langlois, y Belhumain se dirigía pausadamente al sitio donde

La Pervenche estaba amarrada, acompañado de Hilario, el cual se volvió y dijo:

—¡Vamos, Rosalía; ya es tiempo de que eso acabe!

Entonces me separé de Rosa, y con una especie de frenesí me abracé á la que consideraba como madre. La pobre, muy conmovida, no hacía más que repetir:

—¡Pobre Santiago, pobre Santiago!

Ya Belhumain, á bordo de *La Pervenche*, lo había puesto todo en orden. No faltaba más que largar las amarras para emprender el camino.

Con el señor Hilario, á quien había alcanzado, nos dirigimos al muelle. Al andar iba volviendo la cabeza: en el umbral de la casa permanecía la señora Langlois, siempre con su pequeño á cuestas, y á su lado Rosa, cuya cabellera flotaba al viento.

En el muelle había algunos pescadores á quienes la noticia de mi marcha había llevado allí; entre ellos estaba el señor Rampán.

En la cubierta de *La Pervenche* Belhumain ultimaba los preparativos. Levantó la cabeza para contestar al patrón Robine, que le decía:

—¿Estamos ya listos?

—¡Cuando usted quiera, patrón!

—¡Pues á bordo todo el mundo!

Todo el mundo era yo. Al dirigirme á la escalera oí la voz del señor Rampán, que decía:

—¡Por fin, Langlois, es un desahogo para usted la marcha de este pillete!

Se me heló la sangre al oir esto, y me volví. Lo que entonces vi quedará siempre grabado en mi memoria.

El señor Hilario, con los brazos cruzados, los ojos centelleantes, casi fuera de las órbitas y clavados en el excomisionista, le dijo con un aire agresivo, desconocido para mí hasta entonces:

—¡Repítalo usted, señor Rampán; repita usted eso, si se atreve!

Y viendo que el otro, cobarde como era, no chistaba, añadió:

—Pero ¿qué le ha hecho á usted el chico? Vamos á ver; ¿qué le ha hecho á usted para que le persiga hasta aquí? ¡Todo tiene un límite, señor Rampán, hasta la paciencia, y si puedo darle á usted un consejo, es que se vaya de aquí en seguida, porque tiene una cara que me va siendo cada vez más antipática! ¿Ha oído usted?

Muy bien debió de oirlo, porque sin esperar á más se fué, como suele decirse, con las orejas gachas.

Entonces el señor Hilario me cogió en vilo,

sentí en las mejillas el contacto de sus lágrimas, y me echó en los brazos del patrón Robine.

En el muelle el señor Hilario largaba las amarras, Belhumain las recogía á bordo, y el patrón Robine, en el timón, tomaba el viento y entraba en el canal, donde ya se notaba la marea.

Atardecía, y aunque *La Pervenche* marchaba despacio, la figura de Langlois se desvanecía rápidamente.

Era el tiempo tan plácido y la brisa tan suave, que no había nada que hacer á bordo; así es que el patrón Robine se echó pronto á dormir, dejando la dirección á Belhumain, que se sentó al timón indolentemente.

Yo, apoyado en la borda, no pensaba más que en la *tía* Langlois, en Rosa y en todo lo que dejaba en Barfleur.

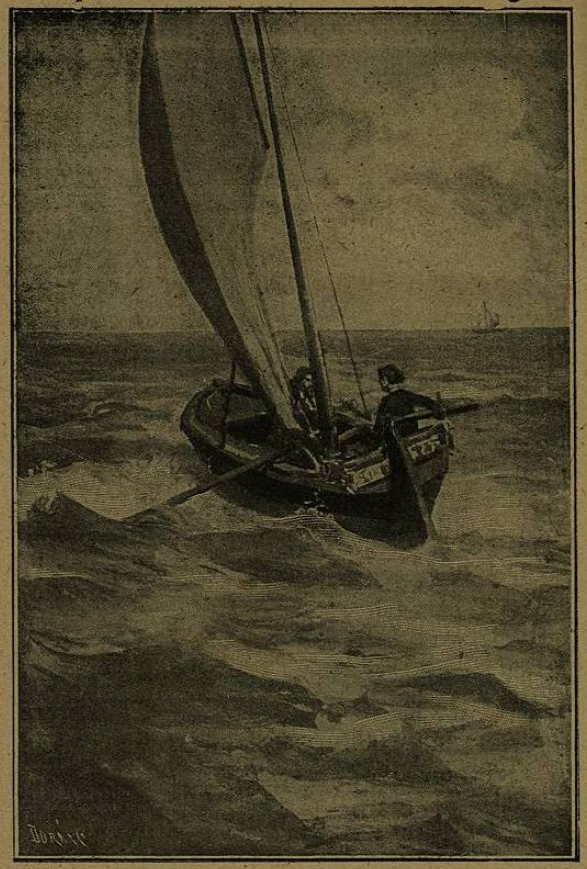
Una vida nueva empezaba para mí: me parecía que toda mi existencia en Barfleur se alejaba como un sueño, y pensaba que nunca encontraría un barco que me llevase otra vez allá.

—De repente me interpeló Belhumain:

—¿Duermes de pie, ó te has quedado mudo?

—No—le contesté;—no duermo, y si no hablo, es porque no se me ocurre nada.

—Eso no tiene importancia por ahora—re-



... l patrón Robine, en el timón, tomaba el viento y entraba en el canal.

puso;—pero te advierto que al patrón no le gustan las caras tristes: no se te olvide.

—No se me olvidará; descuida. Pero hoy, aunque me hicieran cosquillas, no podría reirme: te lo aseguro.

—En tu lugar, ¿sabes lo que haría? Me echaría á dormir un buen sueño; y después de eso, ni señal de la pena le queda á uno. Acomódate aquí; apoya la cabeza en ese rollo de cable, y duerme si puedes: es el mejor remedio contra la tristeza. Grandcamp y Barfleur casi se tocan; sólo hay el mar por medio.

—Es verdad—le dije;—pero ya hay demasiado.

En aquel momento pasábamos por delante de las islas Saint-Marcay, y el ojo brillante del faro las iluminaba de lleno.

El tiempo era tan hermoso y el mar estaba tan tranquilo, que á pesar del choque del agua en los costados del barco se oían los estrepitosos ronquidos del patrón Robine, que dormía como si estuviera en su cama.

—¡Siempre pasa igual—dijo Belhumain—en cuanto bebe algo más de lo de costumbre! Y hay que confesar que el patrón Langlois ha hecho bien las cosas. Pero en cuanto despierte, ni rastro: le verás alerta, como si tal cosa. Puede decirse que es esclavo del mar, y cuando le parece conveniente aparejar, aun con un tiem-

po de perros, no hay réplica posible. ¡A bordo todos, y cada cual á su puesto!

—¿Estáis muchos días fuera?—le pregunté.

—Según el tiempo—contestó:—unas veces, dos días y dos noches, á ves tres, cuando vamos á pescar rayas en la bahía de Torbay, en las costas de Inglaterra. Ya sabrás que la raya es menos delicada que los demás pescados; es decir, que se estropea menos: por eso se espera para volver á tener un buen cargamento, y al desembarcar lo embalamos para mandarlo á París por la estación de Isigny.

—Lo mismo hace mi padre con los congrios —dije.—Pero oye: ¿tú comprendes cómo puede ser que en París se consuma tanto pescado?

—¡Infeliz!—replicó Belhumain.—¡No sabes lo que dices! ¡En París se lo comen todo! Y aun cuando lo mejor de la pesca de Grandcamp, Trouville, Fécamp y Dieppe se les envía, nunca nos devuelven nada.

Tales cosas me asombraban: pensaba si acaso Belhumain no estaría burlándose de mí.

Sin duda lo comprendió, pues continuó diciendo:

—¿Crees que si el patrón fuera rico, como otros, enviaría á sus hijas á ganarse la vida en Saint-Ló ó en Coutance, mientras las pequeñas están al cuidado de la mujer de un pescador más pobre, que las cuida y las alimenta cuando el patrón está en el mar, y hasta que tengan edad para hacer como las otras? Cinco hijas, hay que reconocer que no son una fortuna; sobre todo cuando falta la madre.

—¡Eso; eso es lo peor!—dije pensando en la *tía* Langlois.

—Así lo creo yo—repuso Belhumain.—Y además, al marcharse toman aficiones distintas, y cuando vuelven sólo es para servir de estorbo.

—¿Se las ve á menudo?—le pregunté.

—No; sólo cuando hay alguna fiesta grande. Primero, porque el viaje cuesta caro, y luego, porque no tienen gran interés en venir, á excepción de Desideria, que es la mayor; una buena muchacha, que está de doncella en el hotel del *Racimo de Uvas*, en Isigny. Las otras, como no vaya el patrón, no vienen; y no va con frecuencia, porque nota que no les gusta que delante de la gente las abrace un patrón de pesca. Un domingo por la mañana, no hace mucho tiempo, me llevó con él á ver á la mediana, á Eudosia, empleada en un almacén de novedades en Saint-Ló. Aquel día nos pusimos lo mejor del cofre: el patrón estaba hasta guapo. Eso no impidió que nos recibieran muy mal, dándonos á entender que era mejor que fuéramos entre semana. El patrón se lo tragó, sin decir nada. Abrazó á Eudosia, y viendo

que á mí no me hacía caso, le preguntó:

«—¿No te acuerdas de Belhumain?

»Algo cortada, me alargó dos dedos poniéndose encarnada, y, á pesar del patrón, le dije:

»—Señorita Eudosia, no quisiera haberla molestado.

»El patrón le preguntó si saldría con nosotros á dar un paseo por el pueblo; pero ella se excusó terminantemente alegando no sé qué asunto, y nos fuimos los dos.

»El patrón estaba tan furioso y tan triste, que se desahogaba á voces en medio de la calle.

»—¡Y pensar que tengo que pasar por esto —exclamaba,—y que es mi hija quien me recibe así! ¡Mira, Belhumain: si no tuviera miedo á los guardias, creo que prendería fuego á esa casa! —Y añadió:—¡No importa; vamos á almorzar!

»Fuimos á una posada de buen aspecto que hay cerca de la estación, y allí nos instalamos; pero el almuerzo pasó sin que desplegáramos los labios.

»El patrón estaba cabizbajo. Desde aquel día no ha vuelto á alejarse de Grandcamp, excepto para ir al mar, y no creo que sus hijas se hayan preocupado de él. Sobre todo, no le digas nunca una palabra de ellas ni de lo que te he contado. ¿Me entiendes?»

—Comprendido—le dije;—pero tú ¿cómo vives? Te lo pregunto porque es probable que yo viva lo mismo.

—Respecto á eso, puedes estar tranquilo. El patrón no será siempre muy amable; pero es el mejor entre los mejores, y no hay en todo Grandcamp una barca en que los hombres estén mejor atendidos y considerados. Eso sí, hay que pagar con su trabajo; pero es lo justo. Vas á sustituirme, y no te negaré que algunas veces te escocerá. Una puntera por aquí, un cachete por allá es lo acostumbrado, y el patrón cierra los ojos. Recíbelo todo y no te quejes: es el mejor medio para recibir menos. Los marineros no son malos; pero han visto tantas cosas desde su infancia, que hay que perdonárselo todo. Además, pase lo que pase, el patrón les da siempre la razón; por consiguiente, no ganarías nada sublevándote. Éste es un oficio, y no tendrás más remedio que acostumbrarte.

—¿Acaso no estoy acostumbrado ya? Pero convendrás conmigo en que un muchacho de mi edad necesita algunos compañeros, y que para olvidar los malos tratos, lo mejor es contárselos á un amigo.

Y como si temiera ofenderle, tímidamente añadí:

—A ti, por ejemplo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Aceptado!—exclamó tendiéndome la mano.—Desde el primer momento me has sido simpático, y cuando al marcharnos vi á la señora Langlois llorar, pensé que debías de ser un buen muchacho, porque no se acostumbra llorar cuando se ve uno libre de un pillo. ¡Vamos; sigue mi consejo, é imita al patrón Robine: échate sobre el puente y duérmete! Me sorprendería que hicieras tanto ruido como él. Ya verás cómo, aun cuando el viento es huracanado, su voz se oye como si todo estuviera en silencio: los hombres que tienen un vozarrón así roncan generalmente como trompas. ¿Le oyes?

Efectivamente; el patrón Robine hacía un estrépito increíble, regular, pero capaz de dar ganas de dormir para imitarle. Quise hacerme el valiente, y dije:

—¿Para qué voy á echarme, si dentro de algunos minutos desembarcaremos?

—¿Algunos minutos? ¡Sí, sí! Dentro de dos horas todavía no habremos llegado; así que, si quieres pensar en Rosita, todavía tienes un rato.

—¡Rosita! — pregunté. — ¿Quién te ha dicho...?

—Nadie; pero lo he notado en seguida, y te diré que no has tenido mal gusto. Nunca he tenido una hermana, y me imagino que debe de

ser muy agradable para cuando uno vuelve á su casa calado hasta los huesos.

—Rosa no es mi hermana—repliqué;—es la hija mayor del *tío* Hilario.

—¡Y una bonita muchacha!—exclamó riendo.—Mira: fíjate en el faro. Apostaría á que á estas horas está mirándolo ella también, pensando en ti. Cuando no vayamos á alta mar, podréis comunicaros así los dos.

Creí que se burlaba de mí, y sentí una especie de pena.

—¡Ojalá—dije—las hijas del patrón Robine se parecieran á Rosita, y acaso no sería tan desgraciado!

—¡No le hables nunca de eso! Lo que te he contado debe quedar entre los dos, porque si no, quizás lo pasarías mal.

—Cuenta con mi discreción; pero déjame llorar un rato. ¡No puedo más; me pesan los párpados como si fueran de plomo!

—Como gustes: llora todo lo que quieras, con tal que no se note cuando lleguemos.

Me dirigí á proa para estar más solo, y me incliné sobre la borda para llorar á mis anchas. Nunca he llorado tanto como aquel día: me parecía que todo aquel diluvio salía de la herida de mi corazón.

Al mismo tiempo tomaba resoluciones viriles pensando que, á pesar de mi juventud,

quizás algún día fuese útil á la *tía* Langlois.

Estas ideas rodaban por mi imaginación, cuando oí de repente la voz sonora de Belhumain.

—¡Eh, tú, prepárate! ¡Llegamos ya!

En efecto; á poca distancia se veían las luces del muelle reflejadas en el agua.

Me sequé rápidamente los ojos y me preparé á la maniobra. Como Belhumain no podía soltar el timón, me dijo que zarandease al patrón con toda mi fuerza hasta que despertase.

Me quedé atónito. ¡Zarandear al patrón, que dormía como un bendito! ¿Se podía hacer eso?

Al ver mi vacilación, Belhumain se enfureció.

—¡Vamos; ven aquí pronto! ¡Si es así como comprendes las órdenes, no irás muy lejos con nosotros!

Me acerqué, y me puso el timón en las manos.

—¡Aguanta firme y sin replicar! ¿Supongo que sabrás llevarnos derechos un momento?

Como las velas estaban recogidas, *La Pervenche* sólo se movía en virtud de la corriente, y vi á Belhumain que se agarró al patrón y le movía enérgicamente.

El durmiente se puso en pie, y empezó por lanzar una serie de ternos y maldiciones.

Belhumain esperó impasible á que acabase.

—Es que estamos en los muelles, patrón, y si

no le despierto á usted, me parece que me estreno.

Sin contestar, el patrón llegó al timón en dos saltos.

—¡Vamos; fuera de ahí, muchacho: pronto!

No me lo hice repetir, y apenas tomó el timón gritó con voz de trueno:

—¡Arría todo!

Entonces los foques y la mayor se deslizaron por los palos con nudo, maniobra ya familiar para mí, y *La Pervenche* entró lentamente en el canal.

Al mismo tiempo Belhumain bajaba á la chalupa con un cable enrollado al brazo. Una vez en ella lo dejó en un banco y alcanzó el muelle *singando* (1).

Le vi trepar por una de las escaleras de hierro instaladas de trecho en trecho, y atar el cable á una argolla. Pausadamente tirábamos del cable el patrón Robine y yo, que ya no hacía falta al timón, y pronto llegamos, desembarcando por primera vez en mi vida en un muelle que no era el de Barfleur.

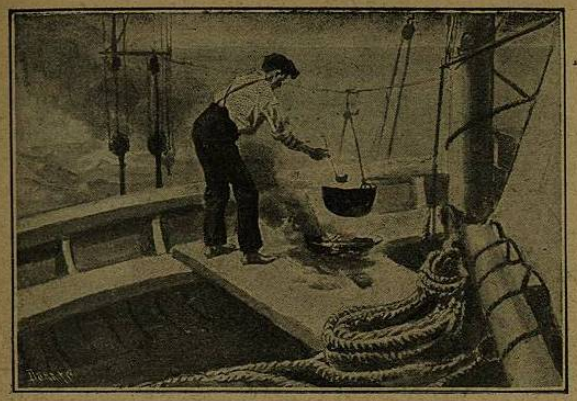
Me pareció que envejecía diez años en aquel instante, y contemplé como en un sueño el reluciente disco del faro, cuando el patrón Robine me puso la mano en el hombro.

(1) Se llama singar en términos náuticos á remar con un solo remo puesto en la popa.—(*N. del T.*)

—Belhumain—exclamó,—ponlo todo en orden y vente á casa: opino que es hora de tomar algo. ¡Ya veremos lo que encontramos!

—¡Allá voy, patrón!—dijo Belhumain.

Nos alejamos silenciosamente á lo largo del muelle solitario.



VI

Una nueva vida empezó para mí, y en honor de la verdad debo consignar que me pareció agradable: primero, porque el mar era mi ilusión, como es la de todos los hijos de ribereños que nunca han visto otra cosa y saben que en cuanto tengan aptitud harán lo que hacen sus padres é hicieron sus abuelos, y no tienen la preocupación de otro porvenir.

El patrón Robine era tal y como Belhumain me lo había descrito: muy duro, pero muy justo. Trabajaba mucho, como todos los patrones de barca que navegan por cuenta propia y no pierden la menor ocasión de salir al mar.

A veces permanecíamos embarcados días y